

UN RITUAL INACABADO

HÉCTOR AGUILAR CAMIN

Mientras el V informe de gobierno del presidente Zedillo, transmitido por los canales 5 y 7 de la televisión abierta, conseguía un rating promedio de 8.7 puntos, las telenovelas Alma rebelde y Por tu amor, transmitidas a la misma hora por el canal 2, alcanzaban 25.4 y 26.6. Del total de televisores prendidos ese día, el mensaje presidencial fue sintonizado por 14 de cada cien aparatos. Las telenovelas por 43 y 41 de cada cien.

Si alguna razón faltara para poner fin al desmejorado ritual del Informe, la falta de atención del público sería un argumento terminal. La razón histórica es más decisiva aún. El Informe no sólo ya no sirve para lo que servía sino ha empezado a tener resultados contrarios. El Informe no fue nunca un informe, salvo para iniciados, ni importaba gran cosa su contenido. Era un acto de adhesión ritual al liderato del Presidente sobre la clase política y sobre la opinión pública del país. Era un rito de renovación del mandato y de la disciplina en torno al titular del Poder Ejecutivo. Era también su día de fiesta: celebración y autocelebración.

Como todos los rituales el Informe tenía su encanto y su tedio. Desde el punto de vista político era extraordinariamente funcional porque reconsagraba al jefe de la tribu ante la nación y ante su corte. Daba certidumbre y rodeaba el ambiente público con el aura teatral de las grandes ocasiones. El país entraba en vilo, se suspendían clases, trabajo y sentido crítico. No faltaban inconformes y aguafiestas, pero sus notas disonantes apenas podían oírse en el concierto avasallador de las instituciones, orgullosas de su jefe y amigo.

La transición democrática del país se ha llevado gajo a gajo aquel presidencialismo hegemónico y ceremonial. Pero ha dejado alguno de sus viejos arreos, como el Día del Informe. En las nuevas condiciones de pluralismo; las viejas prendas incomodan y desnudan más de lo que visten y protegen. Desde que en 1988 empezaron las "interpelaciones" de diputados independientes, ansiosos de empañar las candilejas del Jefe de Gobierno y de atraer sobre sí algunos de sus brillos, el Día del Informe ha sido también el Día de los Inconformes. Los aplausos unánimes de otro tiempo han cedido su lugar canónico a las interpelaciones y a las ocurrencias de las bancadas opositoras. La fiesta de adhesión incondicional se ha vuelto el sainete de la interpelación. Y los modelos cortesanos del respeto han cedido el paso a las gesticulaciones del exabrupto. La incivildad tomó el sitio de la solemnidad previa y el día del consenso presidencial se volvió el teatro del desaire al presidente.

Hechas bien las cuentas históricas, es posible que los abusos y los altos costos del presidencialismo de otras épocas justifiquen esos desaires, y muchos otros. Es posible incluso que esos rasgamientos plebeyos sean parte del camino hacia una genuina división e independencia de poderes, luego de muchas décadas de sumisión casi total del Congreso al Ejecutivo. Lo cierto es que, de cara a la construcción de la nueva institucionalidad democrática mexicana, el Día del Informe tiene rendimientos decrecientes para todos. Es un día de pérdida para el presidente que cosecha discordia en vez de adhesiones. Es un día de pérdida para el Congreso que muestra a la población una imagen pobre de rijosidad y desorden. Es un día malo para el público, que acaba no enterándose de la situación del país, sino de los malos humores de sus políticos. Es finalmente un mal día para la clase política toda, que aparece ante sus votantes como una pandilla poco confiable, atrapada en sus pleitos y ajustes de cuentas.

El Día del Informe es una parte insepulta del cadáver del viejo presidencialismo. Hay que acabar de darle cristiana sepultura y desaparecerlo.

El autor es escritor. En este otoño empezará a circular su nueva novela *El resplandor de la madera*.